

CLARICE
Lispector

Traducción de
María Auxilio Salado

TIERRA FIRME



NOVELAS III

Agua viva
La hora de la estrella
Un soplo de vida

TIERRA FIRME

NOVELAS III

CLARICE LISPECTOR

Novelas III

Agua viva
La hora de la estrella
Un soplo de vida

Traducción
MARÍA AUXILIO SALADO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, FCE México, 2021
Primera edición, FCE Argentina (de la ed. mexicana), 2022

Lispector, Clarice

Novelas III : Agua viva. La hora de la estrella. Un soplo de vida /
Clarice Lispector. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Fondo de Cultura Económica, 2022.

v. III, 243 p. ; 16 × 23 cm.

Traducción de: María Auxilio Salado.

ISBN 978-987-719-375-6

1. Literatura. 2. Literatura Brasileira. I. Salado, María Auxilio,
trad. II. Título.

CDD B869.3

Distribución en los países de habla hispana de Latinoamérica

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar

Imagen de portada: Clarice Lispector

Acervo Casa de Rui Barbosa

© 2021, Paulo Gurgel Valente

D. R. © 2022, Fondo de Cultura Económica de Argentina, S.A.

Costa Rica 4568; C1414BSH Buenos Aires, Argentina

fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar

Comentarios y sugerencias: editorial@fce.com.ar

Por acuerdo con Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14110 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

ISBN: 978-987-719-287-2 (obra completa)

ISBN: 978-987-719-375-6 (vol. III)

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada
o modificada, en español o en cualquier otro idioma,
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11723

Índice

AGUA VIVA
[9]

LA HORA DE LA ESTRELLA
[65]

UN SOPLO DE VIDA
[121]

El sueño despierto es la realidad	135
¿Cómo transformar todo en un soñar despierto?.....	189
Libro de Ângela	195

AGUA VIVA

Tenía que existir una pintura totalmente libre de la dependencia de la figura —el objeto— que, como la música, no ilustra cosa alguna, no cuenta una historia y no sienta las bases de un mito. Tal pintura se limita a evocar los reinos incommunicables del espíritu, donde el sueño se vuelve pensamiento, donde el trazo se vuelve existencia.

MICHEL SEUPHOR

Es con una alegría tan profunda. Es un aleluya tan grande. Aleluya, grito yo, aleluya que se funde con el más oscuro aullido humano del dolor de la separación; sin embargo es un grito de felicidad diabólica. Porque ya nadie me sujeta. Sigo con mi capacidad de raciocinio —ya estudié matemáticas que son la locura del raciocinio— pero ahora quiero el plasma —quiero alimentarme directamente de la placenta—. Tengo un poco de miedo: miedo incluso de entregarme ya que el instante próximo es lo desconocido. ¿El instante próximo lo hago yo?, ¿o se hace solo? Lo hacemos juntos con la respiración. Y con un garbo de torero en la arena.

Yo te digo: estoy tratando de captar la cuarta dimensión del instante-ya, que de tan huidizo ya no existe porque ahora se convirtió en un nuevo instante-ya que tampoco existe ya. Cada cosa tiene un instante en el que ella es. Quiero apropiarme del *es* de la cosa. Esos instantes que transcurren en el aire que respiro: como fuegos artificiales los instantes estallan mudos en el espacio. Quiero poseer los átomos del tiempo. Y quiero capturar el presente que por su propia naturaleza me está vedado: el presente se me escabulle, la actualidad se me escapa, la actualidad soy yo siempre en el *ya*. Sólo en el acto del amor —por la límpida abstracción de estrella de lo que se siente— se capta la incógnita del instante que es duramente cristalina y vibra en el aire, y la vida es ese instante incontable, mayor que el hecho en sí: en el amor el instante de impersonal joya refulge en el aire, gloria rara de cuerpo, materia sensibilizada por el espasmo de los instantes, y lo que se siente es al mismo tiempo tan inmaterial y tan objetivo que sucede como fuera del cuerpo, refulgente en lo alto, alegría; la alegría es materia del tiempo y es por excelencia el instante. Y en el instante está el *es* de él mismo. Quiero captar mi *es*. Y canto aleluya al aire así como lo hace el pájaro. Y mi canto es de nadie. Aunque no haya pasión sufrida en el dolor y amor al cual no le siga un aleluya.

¿Mi tema es el instante?, mi tema de vida. Trato de estar a la par de él, me divido millares de veces, en tantas veces como los instantes que transcurren; fragmentaria soy y precarios los momentos —sólo me comprometo con

la vida que nazca con el tiempo y con él crezca: sólo en el tiempo hay espacio para mí.

Te escribo toda entera y siento un sabor en ser, y el sabor-a-ti es abstracto como el instante. También con el cuerpo entero pinto mis cuadros y en la tela plasmo lo incorpóreo; yo, cuerpo a cuerpo conmigo misma. La música no se comprende: se escucha. Escúchame entonces con tu cuerpo entero. Cuando vengas a leerme preguntarás por qué no me limito a la pintura y a mis exposiciones, ya que escribo burdo y sin orden. Es que ahora siento la necesidad de palabras —y es nuevo para mí lo que escribo porque mi verdadera palabra hasta ahora permanece intocada—. La palabra es mi cuarta dimensión.

Hoy terminé el lienzo del que te hablé: líneas redondas que se entrelazan en trazos finos y negros, y tú, que tienes el hábito de querer saber por qué —y porque no me interesa, la razón es asunto del pasado—, preguntarás por qué los trazos finos y negros. Es justo por el mismo secreto que me hace escribir ahora como si fuera para ti; escribo redondo, enredado y desapasionado, aunque a veces mi escritura es gélida como los instantes frescos, agua de arroyuelo que se estremece siempre por sí misma. ¿Lo que pinté en esa tela es susceptible de ser fraseado con palabras? Tanto como pueda ser implícita la palabra muda en el sonido musical.

Veo que nunca te dije cómo escucho música —apoyo levemente mi mano en el brazo del tocadiscos y mi mano vibra esparciendo ondas por todo mi cuerpo: así escucho la electricidad de la vibración, sustrato último en el dominio de la realidad, y el mundo tiembla en mis manos.

Entonces me doy cuenta de que quiero para mí el sustrato vibrante de la palabra repetida en canto gregoriano. Estoy consciente de que todo lo que sé no lo puedo decir, sólo lo sé pintando o pronunciando sílabas ciegas de sentido. Y si tengo aquí que usar palabras, ellas tienen que tener únicamente un sentido casi corpóreo; estoy luchando con mi vibración última. Para decirte mi sustrato construyo una frase con palabras hechas sólo de los instantes-ya. Lee entonces mi invento de pura vibración sin significado o el de cada chispeante sílaba, lee lo siguiente: “Con el correr de los siglos perdí el secreto de Egipto, cuando yo me movía en longitud, latitud y altitud por la acción energética de los electrones, protones y neutrones, fascinada por la palabra y su sombra”. Esto que te escribí es un dibujo electrónico y no tiene pasado o futuro: es simplemente ya.

También tengo que escribirte porque tu cosecha es la de las palabras discursivas y no lo lineal de mi pintura. Sé que son rudimentarias mis frases, escribo con demasiado amor por ellas y ese amor compensa las faltas, aunque demasiado amor perjudica los trabajos. Éste no es un libro porque así no

se escribe. ¿Lo que escribo es un solo clímax? Mis días son un solo clímax: vivo al borde.

Al escribir no puedo inventar como en la pintura, cuando creo artesanalmente un color. Pero estoy intentando escribirte con el cuerpo entero, enviando un dardo que se clava en el punto tierno y neurálgico de la palabra. Mi cuerpo incógnito te dice: dinosaurios, ictiosaurios y plesiosaurios, con sentido apenas auditivo, sin que por eso se transformen en paja seca, y sí húmeda. No pinto ideas, pinto lo más intangible “para siempre”. O “para nunca”, es lo mismo. Antes que nada, pinto pintura. Y antes que nada te escribo dura escritura. Quiero poder sujetar con la mano la palabra. ¿La palabra es objeto? Y a los instantes yo les quito el zumo afrutado. Tengo que destruirme para alcanzar esencia y semilla de vida. El instante es semilla viva.

La armonía secreta de la desarmonía: quiero no lo que está hecho sino lo que tortuosamente todavía se está haciendo. Mis desequilibradas palabras son el lujo de mi silencio. Escribo mediante acrobáticas y aéreas piruetas—escribo por profundamente querer hablar—. Aunque el escribir sólo me esté dando la gran medida del silencio.

Y si yo digo “yo” es porque no me atrevo a decir “tú”, o “nosotros” o “una persona”. Estoy obligada a la humildad de personalizarme empujándome pero soy el eres-tú.

Sí, quiero la palabra última que también es tan primera que ya se confunde con la parte intangible de lo real. Aún tengo miedo de alejarme de la lógica porque caigo en lo instintivo y en lo directo, y en lo futuro: la invención del hoy es mi único medio para instaurar el futuro. Desde ya es futuro, y cualquier hora es una hora marcada. Sin embargo, ¿qué mal hay en que yo me aleje de la lógica? Estoy lidiando con la materia prima. Estoy atrás de lo que queda más allá del pensamiento. Es inútil tratar de clasificarme: yo simplemente me escabullo no permitiendo que el género me vuelva a encasillar. Estoy en un estado muy nuevo y verdadero, curioso de sí mismo, tan atractivo y personal al grado de no poder pintarlo o escribirlo. Se parece a los momentos que tuve contigo, cuando te amaba, más allá de los cuales no pude ir ya que fui hasta el fondo de esos momentos. Es un estado de contacto con la energía circundante y me estremezco. Una especie de loca, loca armonía. Sé que mi mirada debe de ser la de una persona primitiva que se entrega por completo al mundo, primitiva como los dioses que sólo admiten generosamente el bien y el mal y no quieren saber del bien enrollado, como el cabello, en el mal, mal que es lo bueno.

Plasmo instantes súbitos que traen en sí la propia muerte y otros nacen—plasmo los instantes de metamorfosis, y es de terrible belleza su secuencia y concomitancia.

Ahora está amaneciendo y la aurora es de neblina blanca en las arenas de la playa. Entonces todo es mío. Apenas toco los alimentos, no quiero despertarme después del despertar del día. Voy creciendo con el día que al crecer me mata cierta vaga esperanza y me obliga a ver cara a cara al duro sol. La ventisca sopla y desordena mis papeles. Escucho ese huracán de gritos, estertor de pájaro abierto en oblicuo vuelo. Y yo aquí me obligo a la severidad de un lenguaje tenso, me obligo a la desnudez de un esqueleto blanco que está libre de humores. Pero el esqueleto está libre de vida, y mientras vivo me estremezo entera. No lograré la desnudez final. Y al parecer, todavía no la quiero.

Ésta es la vida vista por la vida. Tal vez no tenga sentido pero es la misma falta de sentido que tiene la vena que pulsa.

Quiero escribirte como quien aprende. Retrato cada instante. Profundizo las palabras como si pintara, más que un objeto, su sombra. No quiero preguntar por qué, se puede preguntar siempre por qué y seguir siempre sin respuesta: ¿será que logro entregarme al expectante silencio que sigue a una pregunta sin respuesta? Aunque adivine que en algún lugar o en algún tiempo existe la gran respuesta para mí.

Y después sabré cómo pintar y escribir, después de la rara pero íntima respuesta. Escúchame, escucha el silencio. Lo que te digo nunca es lo que yo te digo y sí otra cosa. Capta esa cosa que se me escapa aunque vivo de ella y estoy en la superficie de su brillante oscuridad. Un instante me lleva insensiblemente a otro, y el tema atemático se va desarrollando sin plano aunque geométrico como las figuras sucesivas en un caleidoscopio.

Entro lentamente en mi dádiva a mí misma, esplendor lacerado por el cantar último que parece ser el primero. Entro lentamente a la escritura así como ya entré a la pintura. Es un mundo enmarañado de sarmientos, sílabas, madre selvas, colores y palabras —umbral de entrada a la ancestral caverna que es el útero del mundo, y de él voy a nacer.

Y si muchas veces pinto grutas es porque son mi orgullo en la tierra, oscuras pero aureoladas de claridad, y yo, sangre de la naturaleza —grutas extravagantes y peligrosas, talismán de la Tierra, donde se unen estalactitas, fósiles y piedras, y donde los animales que son locos por su propia naturaleza maléfica buscan refugio—. Las grutas son mi infierno. Gruta siempre soñadora con sus neblinas, ¿recuerdo o nostalgia?, asombrosa, asombrosa, esotérica, verdosa por el limo del tiempo. Dentro de la caverna oscura centellean colgados los ratones con alas en forma de cruz, los murciélagos. Veo arañas aterciopeladas y negras. Ratones y ratas corren espantados por el suelo y por las paredes. Entre las piedras el escorpión. Cangrejos, iguales a ellos mismos desde la prehistoria, muriendo y naciendo, parecerían bestias amenazadoras

si fueran del tamaño de un hombre. Cucarachas viejas se arrastran en la penumbra. Y todo eso soy yo. Todo tiene el peso del sueño cuando pinto una gruta o te escribo sobre ella —afuera de ella viene el tropel de decenas de caballos sueltos que patean con cascos secos las tinieblas, y de la fricción de los cascos se libera el júbilo en centellas: heme aquí, yo y la gruta, en el tiempo que nos pudrirá.

Quiero poner en palabras la existencia de la gruta que hace algún tiempo pinté, pero sin describirla —y no sé cómo—. Sólo repitiendo su dulce horror, caverna de terror y de las maravillas, lugar de almas afligidas, invierno e infierno, sustrato imprevisible del mal que está adentro de la tierra que no es fértil. Llamo a la gruta por su nombre y ella empieza a vivir con su miasma. Entonces tengo miedo de mí, pues sé pintar el horror, yo, que soy un animal de cavernas retumbantes, agonizo porque soy palabra y también su eco.

Pero el instante-ya es una luciérnaga que se enciende y apaga, se enciende y apaga. El presente es el instante en el que la llanta del automóvil a alta velocidad toca apenas el suelo. Y la parte de la llanta que todavía no lo tocó, lo tocará en un instante inmediato que absorbe el instante presente y lo vuelve pasado. Yo, viva y centelleante como los instantes, me enciendo y me apago, me enciendo y apago, me enciendo y apago. Sólo que aquello que capto en mí tiene, cuando está siendo como ahora transferido a la escritura, la desesperación de que las palabras ocupen más instantes que un vistazo. Más que un instante, quiero su fluir.

Nueva era, esta la mía, y ella me anuncia ahora. ¿Tengo valor? De momento lo tengo: porque vengo de la sufrida lejanía, vengo del infierno del amor aunque ahora estoy libre de ti. Vengo de lejos —de una pesada ancestralidad—. Yo vengo del dolor de vivir. Y no lo quiero más. Quiero la vibración del alegre. Quiero la emancipación de Mozart. Pero quiero también su inconsecuencia. ¿Libertad?, es mi último refugio, me forcé a la libertad y la aguanto no como un don sino con heroísmo: soy heroicamente libre. Y quiero su fluir.

No es agradable lo que te escribo. No hago confidencias. Al contrario, me metalizo. Y no te soy ni me soy agradable; mi palabra estalla en el espacio del día. Lo que sabrás de mí es la sombra de la flecha que dio en el blanco. Sólo tomaré inútilmente una sombra que no ocupa lugar en el espacio, y lo que menos importa es el dardo. Construyo algo exento de mí y de ti —aquí está mi libertad que conduce a la muerte.

En este instante-ya me envuelve un vago deseo difuso de estupor, y milares de reflejos de sol en el agua que corre de la llave en el césped de un jardín completamente pletórico de perfumes, jardín y sombras que invento ya y ahora y que son el medio concreto de hablar en este instante de vida. Mi

estado es el de un jardín con agua corriendo. Describiéndolo trato de mezclar palabras para que el tiempo se haga. Lo que te digo debe ser leído rápidamente como cuando se mira.

Ahora es pleno día y de repente de nuevo domingo en erupción repentina. El domingo es día de ecos —cálidos, secos, y por todas partes zumbidos de abejas y avispas, gritos de pájaros y lo lejano de los martillazos acompasados—, ¿de dónde vienen los ecos de domingo? Yo detesto el domingo por ser hueco. Yo, que quiero lo más primordial porque es fuente de generación —yo, que anhelo beber agua en la naciente de la fuente—, yo, que soy todo eso, debo por sino y trágico destino únicamente conocer y sentir los ecos que brotan de mí, porque no capto el mí propiamente dicho. Expectante, estoy estupefacta, trémula, maravillada y de espaldas al mundo, y en alguna parte huye la inocente ardilla. Plantas, plantas. Me quedo dormitando en el calor estival del domingo con moscas volando alrededor de la azucarera. Alarde colorido, el del domingo, y esplendor maduro. Y todo eso lo pinté hace un tiempo y en otro domingo. Y he aquí aquella tela antes virgen ahora cubierta de colores maduros. Moscas azules brillan frente a mi ventana abierta al aire de la calle aletargada. El día parece la piel estirada y lisa de una fruta que en una pequeña catástrofe los dientes rompen y su jugo escurre. Tengo miedo del domingo maldito que me derrite.

Para rehacerme y rehacerte vuelvo a mi estado de jardín y sombra, fresca realidad, apenas existo, y si existo es con delicado cuidado. Alrededor de la sombra el calor y el sudor abundante. Estoy viva. Sin embargo siento que aún no alcancé mis límites, ¿fronteras con qué?, sin fronteras, la aventura de la libertad peligrosa. Pero me arriesgo, vivo arriesgándome. Estoy llena de acacias meciéndose amarillas; y yo que más o menos empecé mi jornada, la empiezo con un sentido de tragedia, adivinando para qué océano perdido van mis pasos de vida. Y locamente me apodero de mis devaneos; mis desvaríos me sofocan con tanta belleza. Yo soy antes, soy casi, soy nunca. Y todo esto lo obtuve al dejar de amarte.

Te escribo como ejercicio de esbozos antes de pintar. Veo palabras. Lo que digo es puro presente y este libro es una línea recta en el espacio. Es siempre actual. El obturador de una cámara fotográfica se abre e inmediatamente se cierra, guardando en sí el flash. Aunque yo diga “viví” o “viviré” es presente porque los digo ya.

Empecé estas páginas también con el fin de prepararme para pintar. Y ahora estoy poseída por el sabor de las palabras, y casi me libero del dominio de las pinturas; siento una voluptuosidad al ir creando lo que te digo. Vivo la ceremonia de la iniciación de la palabra y mis gestos son solemnes y triangulares.

Sí, ésta es la vida vista por la vida. Sin embargo de repente me olvido de cómo captar lo que sucede, no sé captar lo que existe sino viviendo aquí cada cosa que surge, sin importar lo que sea: estoy casi libre de mis errores. Dejo que el caballo libre corra fogoso. Troto nerviosa y sólo la realidad me delimita.

Y cuando el día acaba escucho a los grillos y me transformo entera, repleta e ininteligible. Después vivo la madrugada azulada que viene con su bóveda llena de pajaritos —¿será que te estoy dando una idea de lo que una persona pasa en la vida?—. Y cada cosa que me pasa la anoto para grabarla. Pues quiero sentir en las manos el nervio turbulento y vivaz del ya y que ese nervio se me resista como bulliciosa vena. Y que se rebele, ese nervio de vida, y que se contraiga y palpite. Y que se derramen zafiros, amatistas y esmeraldas en el oscuro erotismo de la vida plena: porque en mi oscuridad por fin tiembla el gran topacio, palabra que tiene luz propia.

Estoy escuchando ahora una música selvática, casi apenas el retumbar de tambores y el ritmo que viene de una casa vecina donde jóvenes drogados viven el presente. Un instante más de ritmo incesante, incesante, y algo terrible me sucede.

Es que pasaré, gracias al ritmo en su paroxismo, pasaré al otro lado de la vida. ¿Cómo decírtelo? Es terrible y me amenaza. Siento que ya no puedo detenerme y me sobresalto. Trato de no pensar en el miedo. Pero ya hace mucho que el martilleo real se detuvo: estoy siendo el incesante martillar en mí. Del cual debo librarme. Pero no lo logro: el otro lado de mí me llama. Los pasos que oigo son los míos.

Como si arrancara de las profundidades de la tierra las nudosas raíces de un árbol descomunal, así es como te escribo, y esas raíces son como poderosos tentáculos con voluminosos cuerpos desnudos de fuertes mujeres envueltas en serpientes y en carnales deseos de realización, y todo eso es una plegaria de misa negra, y una súplica arrastrada de amén: porque aquello que es execrable está desprotegido y necesita la anuencia del Dios: he aquí la creación.

¿Será que sin percatarme me pasé al otro lado? El otro lado es una vida palpitantemente infernal. Pero se transfigura mi terror: entonces me entrego a una pesada vida, toda de símbolos pesados como frutas maduras. Escojo analogías equivocadas que me arrastran por lo enredado. Una parte mínima de la sensatez de mi pasado me mantiene todavía rozando el lado de acá. Ayúdame porque algo se aproxima y se ríe de mí. De prisa, sálvame.

Pero nadie me puede dar la mano para ayudarme a salir: tengo que usar la gran fuerza —y en la pesadilla, en un arranque repentino, finalmente me voy de bruces en el lado de acá. Me quedo tirada en el suelo agreste, exhausta,

mi corazón todavía salta enloquecido, respiro a borbotones—. ¿Estoy a salvo? Seco mi frente mojada. Me yergo despacio, trato de dar los primeros pasos de una convalecencia frágil. Estoy logrando equilibrarme.

No, todo esto no sucede en hechos reales y sí en los terrenos de —¿de un arte? sí— un artificio por medio del cual surge una realidad delicadísima que empieza a existir en mí: sufrí una transfiguración.

Sin embargo el otro lado, del cual por poco escapé, se volvió sagrado y a nadie le cuento mi secreto. Me parece que en sueños hice en el otro lado un juramento, un pacto de sangre. Nadie sabrá nada: lo que sé es tan volátil y casi inexistente que se queda entre mí y yo.

¿Soy uno de los débiles? ¿Debilidad que sufrió el arrebato de un ritmo incesante y loco? ¿Si yo fuera sólida y fuerte ni siquiera habría escuchado la cadencia? No encuentro respuesta: soy. Es sólo esto lo que me viene de la vida. Pero ¿qué soy? La respuesta es apenas: soy el qué. Aunque a veces grite: ¡ya no quiero ser yo! A pesar de eso me adhiero a mí y enmarañadamente se forma una estructura de vida.

Quien me acompaña que me acompañe: la caminata es larga, es dolorosa pero es fructífera. Porque ahora te hablo en serio: no estoy jugando con las palabras. Me encarno en las frases voluptuosas e ininteligibles que se enredan más allá de las palabras. Y un silencio se desprende sutil del entrechoque de las frases.

Así que escribir es la destreza de quien tiene la palabra como anzuelo: la palabra pescando lo que no es palabra. Cuando esa no palabra —la entrelínea— muerde el anzuelo, algo se escribió. Una vez que se pescó la entrelínea, uno podría con alivio deshacerse de la palabra. Pero entonces termina la analogía: la no palabra, al morder el anzuelo, lo incorporó. Lo que salva entonces es escribir distraídamente.

No quiero tener la terrible limitación de quien vive simplemente de lo que es susceptible de tener sentido. Yo no: lo que quiero es una verdad inventada.

¿Qué es lo que te diré? Te diré los instantes. Me insolento y sólo entonces existo y de una manera febril. Qué fiebre: ¿lograré un día dejar de vivir? Ay de mí, que tanto muero. Sigo el tortuoso camino de las raíces reventando la tierra, tengo por don la pasión, en el incendio del tronco seco me contorsiono entre las llamas. A la duración de mi existencia le doy un significado oculto que me rebasa. Soy un ser concomitante: reúno en mí el tiempo pasado, el presente y el futuro, el tiempo que palpita en el tictac de los relojes.

Para interpretarme y formularme necesito nuevas señales y articulaciones nuevas en formas que se localicen aquí y allá de mi historia humana. Transfiguro la realidad y entonces otra realidad, soñadora y sonámbula, me

crea. Y yo entera ruedo y a medida que ruedo por el suelo voy creciendo en hojas. Yo, obra anónima de una realidad anónima sólo justificable mientras dura mi vida. ¿Y después?, después todo lo que viví será de una pobreza superflua.

Pero de momento estoy en medio de lo que grita e irrumpe. Y es sutil como la realidad más intangible. Mientras el tiempo es lo que dura un pensamiento.

Es de una pureza tal ese contacto con el invisible núcleo de la realidad.

Sé lo que estoy haciendo aquí: cuento los instantes que gotean y están espesos de sangre.

Sé lo que estoy haciendo aquí: estoy improvisando. Pero ¿qué tiene de malo?, improviso como en el jazz improvisan música, jazz con furia, improvisado frente el público.

Resulta curioso haber remplazado las pinturas por esa cosa extraña que es la palabra. Palabras —me muevo con cuidado entre ellas porque pueden volverse amenazadoras; puedo tener la libertad de escribir lo siguiente: “Peregrinos, mercaderes y pastores guiaban sus caravanas rumbo al Tíbet, y los caminos eran difíciles y primitivos”. Con esta frase hice que una escena naciera, como en un flash fotográfico.

¿Qué es lo que dice este jazz que es improvisado?, dice brazos enredados en piernas, y las llamas subiendo, y yo pasiva como una carne que es devorada por el encorvado agudo de un águila que interrumpe su vuelo ciego. Te expreso a ti y a mí mis deseos más ocultos y creo con mis palabras una orgiástica belleza confusa. Me estremezco de placer entre lo novedoso de usar palabras que forman un tupido matorral. Lucho por conquistar más profundamente mi libertad de sensaciones y pensamientos, sin ningún sentido utilitario: estoy sola, yo y mi libertad. Es tan grande mi libertad que puede escandalizar a un primitivo pero sé que tú no te escandalizas con la plenitud que alcanzo y que no tiene fronteras perceptibles. Esta capacidad mía de vivir lo que es redondo y amplio —me cerco de plantas carnívoras y animales legendarios, todo bañado por la oscura y siniestra luz de un sexo mítico—. Avanzo de modo intuitivo y sin buscar una idea: soy orgánica. Y no me pregunto sobre mis motivos. Me sumerjo en el dolor de una intensa alegría —y para adornarme nacen entre mis cabellos hojas y ramajes.

No sé sobre qué estoy escribiendo: soy oscura para mí misma. Simplemente vi un espejismo lunar y brillante, y entonces atrapé para mí el instante antes de que él muriera, pues perpetuamente muere. No es una comunicación de ideas lo que te transmito, y sí una instintiva voluptuosidad de aquello que está escondido en la naturaleza y que adivino. Y ésta es una fiesta de palabras. Escribo con signos que son más un gesto que una voz. Todo esto es

lo que me habitué a pintar investigando en la naturaleza íntima de las cosas. Pero ya llegó el momento de suspender la pintura para recomponerme, me recompongo en estas líneas. Tengo una voz. Así como me lanzo en el trazo de mi dibujo, éste es un ejercicio de vida sin planeación. El mundo no tiene orden visible, y yo sólo tengo la orden de la respiración. Me dejo ser.

Estoy dentro de los grandes sueños de la noche: pues el ahora-ya es de noche. Y canto al pasar del tiempo: soy todavía la reina de los medos y de los persas y soy también mi lenta evolución que se lanza como un puente levadizo sobre un futuro cuyas nieblas lechosas ya respiro hoy. Mi aura es misterio de vida. Me supero abdicando de mí y entonces soy el mundo: sigo la voz del mundo, yo misma de repente con voz única.

El mundo: un enmarañado de líneas telegráficas erizadas. Empero la luminosidad es oscura: ésta soy yo ante el mundo.

Equilibrio peligroso, el mío, peligro de muerte de alma. La noche de hoy me mira con letargo, herrumbre y muérdago. Quiero en esta noche que es más larga que la vida, quiero, en esta noche, una vida cruda y sangrienta y llena de saliva. Quiero la siguiente palabra: esplendidez, esplendidez es la fruta en su succulencia, fruta sin tristeza. Quiero lejanías. Mi salvaje intuición de mí misma. Pero mi centro está siempre escondido. Soy implícita. Y cuando me voy a explicitar pierdo la húmeda intimidad.

¿De qué color es el infinito espacial? Es del color del aire.

Nosotros —ante el espectáculo de la muerte.

Escucha apenas superficialmente lo que digo y de la falta de sentido nacerá un sentido como de mí nace inexplicablemente la vida elevada y leve. La densa selva de palabras envuelve espesamente lo que siento y vivo, y transforma todo lo que soy en algo mío que se queda fuera de mí. La naturaleza es envolvente: ella me enreda completa y es sexualmente viva, simplemente esto: viva. También yo estoy truculentamente viva —y lamo mi hocico como el tigre después de haber devorado al venado—.

Te escribo a la hora misma en sí misma. Sólo me desenvuelvo en lo actual. Hablo hoy —no ayer ni mañana sino hoy y en este mismo instante perecedero. Mi libertad pequeña y enmarcada me une a la libertad del mundo —¿y qué es una ventana sino el aire enmarcado en ángulos rectos?—. Estoy ásperamente viva. Ya me voy —dice la muerte sin agregar que me lleva con ella—. Y me estremezco con la respiración agitada por tener que acompañarla. Yo soy la muerte. Es en este mi propio ser que la muerte ocurre —¿cómo te explico?—, es una muerte sensual. Como muerta camino entre la hierba crecida a la luz verdosa de los tallos: soy la Diana Cazadora de oro y sólo encuentro osamentas. Vivo con una capa subyacente de sentimientos: estoy mal y apenas viva.

Sin embargo estos días de crepitante verano infernal me infunden la necesidad de renunciar. Renuncio a tener un significado, y entonces un dulce y doloroso quebranto me invade. Formas redondas se entrecruzan en el aire. Hace calor de verano. Navego en mi galeón enfrentando los vientos de un verano hechizado. Hojas aplastadas me recuerdan el suelo de mi infancia. La mano verde y los senos de oro —así pinto la marca de Satanás—. Aquellos que nos temían a nosotros y a nuestra alquimia desnudaban a hechiceras y a magos en busca de la marca escondida que era casi siempre encontrada aunque sólo se supiera de ella por la mirada, ya que esta marca era indescriptible e impronunciable incluso en la oscuridad de la Edad Media —la Edad Media es mi oscura subyacencia, y a la luz de las hogueras los marcados cabalgan en círculos en troncos y ramas, el símbolo fálico de la fertilidad—: hasta en las misas blancas se emplea la sangre, y ésta es bebida.

Escucha: yo te dejo ser, déjame ser entonces.

Pero eternamente es una palabra muy dura: tiene una “t” granítica a la mitad. Eternidad: pues todo lo que es nunca empezó. Mi pequeña cabeza tan limitada estalla al pensar en algo que no empieza y no termina —porque así es lo eterno—. Felizmente este sentimiento dura poco porque yo no soporto que se prolongue y si persistiera me llevaría al desvarío. Sin embargo la cabeza también estalla al imaginar lo contrario: algo que hubiera empezado —¿por dónde empezaría?—. Y que terminara —¿qué vendría después de terminar?—. Como puedes ver, me es imposible profundizar y apropiarme de la vida, ella es aérea, es mi ligero aliento. Y bien sé lo que quiero aquí: quiero lo inconcluso. Quiero el profundo desorden orgánico que a pesar de todo permite presentir una orden subyacente. La gran potencia de la potencialidad. Estas mis frases balbuceadas son hechas a la misma hora en que están siendo escritas y crepitan de tan nuevas y todavía verdes. Ellas son el ya. Quiero la experiencia de una falta de construcción. Aunque este texto mío sea totalmente atravesado de punta a punta por un frágil hilo conductor —¿cuál es?, ¿el de la zambullida en la materia de la palabra?, ¿el de la pasión?—. Hilo lujurioso, soplo que calienta el transcurrir de las sílabas. La vida mal y de malas se me escapa aunque tenga la certeza de que la vida es otra y tiene un estilo oculto.

Este texto que te doy no es para ser visto de cerca: logra su secreta redondez, antes invisible, cuando es visto desde un avión en alto vuelo. Entonces se adivina el juego de las islas y se ven canales y mares. Entiéndeme: te escribo una onomatopeya, convulsión del lenguaje. Te transmito no una historia sino sólo palabras que viven del sonido. Te digo así: “Tronco lujurioso”.

Y me baño en él. Él está unido a la raíz que penetra en nosotros en la tierra. Todo lo que te escribo es tenso. Uso palabras sueltas que son en sí mis-

mas un dardo libre: “salvajes, bárbaros, nobles decadentes y marginales”. ¿Esto te dice algo? A mí me habla.

Pero la palabra más importante de la lengua tiene sólo dos letras: es. es.

Estoy en su centro.

Todavía estoy.

Estoy en su centro vivo y blando.

Todavía.

Palpita y es elástico. Como el andar de una negra pantera brillante que vi y que deambulaba suave, lenta y peligrosa. Pero enjaulada no —porque no quiero. En relación con lo imprevisible —la próxima frase me es imprevisible—. En el centro donde estoy, en el centro del es, no hago preguntas. Porque cuando es —es—. Estoy limitada únicamente por mi identidad. Yo, entidad elástica y separada de otros cuerpos.

En realidad todavía no estoy viendo bien la hebra de la madeja de lo que te estoy escribiendo. Creo que nunca la veré —pero admito la oscuridad donde refulgen los dos ojos de la pantera suave. La oscuridad es mi caldo de cultivo. La oscuridad deslumbrante—. Te voy hablando y arriesgándome a la desconexión: soy subterráneamente inalcanzable por mi conocimiento.

Te escribo porque no me entiendo.

Pero me voy siguiendo. Elástica. Es tan grande el misterio de esa selva donde sobrevivo para ser. Y ahora creo que lo voy a hacer de verdad. Es decir: voy a entrar. Quiero decir: en el misterio. Yo misma, misteriosa, en el interior en el que me muevo nadando, protozooario. Un día dije infantilmente: lo puedo todo. Era el anuncio del día en que podría soltarme y caer en el abandono de cualquier ley. Elástica. La profunda alegría, el éxtasis secreto. Sé cómo inventar un pensamiento. Siento el alborozo de la novedad. Pero bien sé que lo que escribo es apenas un tono.

En ese centro tengo la extraña impresión de que no pertenezco al género humano.

Hay mucho que decir que no sé cómo decir. Faltan palabras. Pero me niego a inventar nuevas: las que existen ya deben decir lo que se puede decir y lo que está prohibido. Y lo que está prohibido yo lo adivino. Si tuviera fuerzas. Más allá del pensamiento no hay palabras: se es. Mi pintura no tiene palabras: queda más allá del pensamiento. En ese terreno del se es soy puro éxtasis cristalino. Se es. Me soy. Tú te eres.

Estoy embrujada por mis fantasmas, por lo que es mítico, fantástico y gigantesco: la vida es sobrenatural. Y camino sujetando un paraguas abierto sobre una cuerda tensa. Camino hasta el límite de mi gran sueño. Veo la furia de los impulsos viscerales: vísceras torturadas me guían. No me gusta lo que acabo de escribir —pero estoy obligada a aceptar el fragmento entero porque

me sucedió. Y yo respeto mucho lo que me sucede—. Mi esencia es inconsciente de sí misma, y por eso ciegamente me obedezco.

Estoy siendo antimelódica. Me complazco con la armonía difícil de los ásperos contrarios. ¿Para dónde voy? La respuesta es: voy.

Cuando muera nunca habré nacido ni vivido: la muerte borra las marcas de la espuma del mar en la playa.

Ahora es un instante.

Ya es otro ahora.

Y otro. Mi esfuerzo: traer ahora el futuro. Me muevo dentro de mis instintos profundos que se cumplen a ciegas. Siento entonces que estoy en las proximidades de fuentes, lagunas y cascadas, todas de aguas abundantes. Y yo libre.

Escúchame, escucha mi silencio. Lo que digo nunca es lo que digo y sí otra cosa. Cuando digo “aguas abundantes” estoy hablando de la fuerza de las aguas del mundo. Entiende esta otra cosa: en realidad hablo porque yo misma no puedo. Lee la energía que está en mi silencio. Ah tengo miedo del Dios y de su silencio.

Me soy.

Aunque existe también el misterio de lo impersonal, que es el *it*, yo tengo lo impersonal dentro de mí y no es infecto y corruptible por lo personal que a veces me empapa: pero me seco al sol y soy un impersonal de semilla seca y germinativa. Mi personal es humus en la tierra y vive de la podredumbre. Mi *it* es duro como una piedra rodada.

La trascendencia dentro de mí es el *it* vivo y blando y tiene el pensamiento que una ostra tiene. ¿Será que la ostra cuando es arrancada de su raíz siente ansiedad? Se queda inquieta en su vida sin ojos. Yo solía poner gotas de limón sobre la ostra viva y veía con horror y fascinación cómo se retorció toda. Me estaba comiendo el *it* vivo. El *it* vivo es el Dios.

Voy a detenerme un poco porque sé que el Dios es el mundo. Es lo que existe. ¿Le rezo a lo que existe? No es peligroso acercarse a lo que existe. La plegaria profunda es una meditación sobre la nada. Es el contacto seco y eléctrico consigo mismo, un consigo impersonal.

Lo que no me gusta es cuando echan gotas de limón en mis adentros y hacen que me retuerza entera. ¿Los hechos de la vida son el limón en la ostra? ¿Será que la ostra duerme?

¿Cuál es el elemento primordial?, claro que tuvieron que ser dos para que existiera el secreto movimiento íntimo del cual mana leche.

Me dijeron que la gata después de parir se come su propia placenta y durante cuatro días no come nada más. Es hasta después que toma leche. Déjame hablar únicamente de amamantar. Se habla de la leche que sube.

¿Cómo? Y de nada serviría explicarlo porque la explicación exige otra explicación que exigiría una explicación más y que derivaría nuevamente en misterio. Pero sé cosas *it* sobre amamantar niños.

Estoy respirando. Para arriba y para abajo. Para arriba y para abajo. ¿Cómo respira la ostra desnuda? Si respira no lo veo. ¿Lo que no veo no existe? Lo que más me emociona es que a pesar de que no lo vea existe. Porque entonces tengo a mis pies todo un mundo desconocido que existe pleno y pletórico de rica saliva. La verdad está en alguna parte: pero es inútil pensar. No la descubriré y a pesar de eso vivo de ella.

Lo que te escribo no viene despacito, subiendo poco a poco hasta la cúspide para después ir muriendo sosegado. No: lo que te escribo es de fuego, como ojos al rojo vivo.

Hoy es noche de luna llena. Por la ventana la luna cubre mi cama y deja todo de un blanco lechoso azulado. La luz de la luna es tímida. Da del lado izquierdo de quien entra. Entonces huyo cerrando los ojos. Porque la luna me provoca un insomnio leve: aturde y adormece como después del amor. Y yo había decidido que me iría a dormir para poder soñar, sentía nostalgia de las novedades del sueño.

Y soñé algo que voy a tratar de reproducir. Se trata de una película que yo veía. Había un hombre que imitaba a un artista de cine. Y todo lo que ese hombre hacía era a su vez imitado por otros y otros. Cualquier gesto. Y tenía un anuncio de una bebida llamada zerbino. El hombre agarraba la botella de zerbino y se la llevaba a la boca. Entonces todos agarraban una botella de zerbino y se la llevaban a la boca. A la mitad el hombre que imitaba al artista de cine decía: ésta es una película de publicidad de zerbino y la verdad es que zerbino no sirve. Pero no era el fin. El hombre volvía a agarrar la botella y bebía. Y así lo hacían todos: era fatal. Zerbino era una institución más fuerte que el hombre. Las mujeres a esa altura parecían aeromozas. Las aeromozas están deshidratadas —es necesario agregarle al polvo mucha agua para que se transforme en leche—. Es una película de personas automáticas que saben aguda y gravemente que son automáticas y que no tienen escapatoria. El Dios no es automático: para Él cada instante es. Él es *it*.

Pero hay preguntas que me hice cuando era niña y que no fueron respondidas, se quedaron retumbando lastimeras: ¿el mundo se hizo solito? Pero ¿dónde se hizo?, ¿en qué lugar? Y si fue gracias a la energía del Dios, ¿cómo comenzó?, ¿será que fue como ahora cuando estoy siendo y al mismo tiempo haciéndome? Por esta falta de respuestas me siento tan confundida.

Sin embargo 9 y 7 y 8 son mis números secretos. Soy una iniciada sin secta. Ávida de misterio. Mi pasión por el centro de los números, en los cuales adivino el meollo de su propio destino rígido y fatal. Y sueño con lujuriosas

grandezas escarbadas en tinieblas: alegría de la abundancia, en la que las plantas aterciopeladas y carnívoras somos nosotros que acabamos de brotar, agudo amor —lento desmayo.

¿Será que esto que te estoy escribiendo está más allá del pensamiento? Raciocinio es lo que no es. Quien sea capaz de dejar de razonar —lo cual es terriblemente difícil— que me acompañe. Pero por lo menos no estoy imitando al artista de cine y nadie necesita llevarme a la boca o transformarse en aeromoza.

Te voy a hacer una confesión: estoy un poco asustada. Es que no sé a dónde me llevará esta libertad mía. No es arbitraria ni libertina. Pero estoy suelta.

De vez en cuando te daré una breve historia —aria melódica y *cantabile* para romper este mi cuarteto de cuerdas—: un trecho figurativo para abrir un claro en mi nutritiva selva.

¿Estoy libre? Hay algo que todavía me sujeta. ¿O yo me sujeto a ese algo? También es eso: no estoy completamente suelta por estar en unión con todo. Además una persona es todo. No es una carga pesada porque simplemente no se carga: se es el todo.

Me parece que por primera vez estoy enterándome de las cosas. La impresión es que únicamente ya no voy hasta las cosas para no excederme. Tengo cierto miedo de mí, no soy de confianza, y sospecho de mi falso poder.

Ésta es la palabra de quien no puede.

No dirijo nada. Ni siquiera mis propias palabras. Pero no es triste: es humildad alegre. Yo, que vivo al lado, estoy a la izquierda de quien entra. Y se estremece en mí el mundo.

¿Esta palabra te resulta promiscua? Me gustaría que no lo fuera, yo no soy promiscua. Pero soy caleidoscópica: me fascinan mis mutaciones destellantes que aquí caleidoscópicamente registro.

Ahora voy a detenerme un poco para profundizarme más. Después regreso.

Regresé. Fui existiendo. Recibí una carta de São Paulo de una persona que no conozco. La última carta de un suicida. Telefoneé a São Paulo. Nadie atendía, llamaba y llamaba y sonaba como en un apartamento en silencio. Murió o no murió. Hoy por la mañana volví a llamar: seguía sin atender. Se murió, sí. Nunca lo olvidaré.

Ya no estoy sorprendida. Déjame hablar, ¿de acuerdo? Nací así: jalando del útero de mi madre la vida que siempre fue eterna. Espérame —¿sí?—. A la hora de pintar o escribir soy anónima. Mi profundo anonimato que nunca nadie tocó.

Tengo algo importante que decirte. No estoy jugando: *it* es elemento

puro. Es material del instante del tiempo. No estoy cosificando nada: estoy en el verdadero parto del *it*. Me siento mareada como quien va a nacer.

Nacer: ya estuve en el parto de una gata. Sale el gato envuelto en una bolsa de agua y todo encogido adentro. La madre lame muchas veces la bolsa de agua hasta que por fin ésta se rompe y surge el gato casi libre, sujeto apenas por el cordón umbilical. Entonces la gata-madre-creadora corta con los dientes ese cordón y surge un hecho más en el mundo. Este proceso es *it*. No estoy jugando. Estoy grave. Porque estoy libre. Soy tan elemental.

Te estoy liberando. Primero rompo la bolsa de agua. Después corto el cordón umbilical. Y tú estás vivo por cuenta propia.

Y cuando nazco, quedo libre. Ésta es la base de mi tragedia.

No. No es fácil. Pero "es". Me comí mi propia placenta para no tener que comer durante cuatro días. Para tener leche para darte. La leche es un "esto". Y nadie es yo. Nadie es tú. Ésta es la soledad.

Estoy esperando la próxima frase. Es cuestión de segundos. Y hablando de segundos pregunto si tú soportas que el tiempo sea hoy y ahora y ya. Yo lo soporto porque me comí mi propia placenta.

A las tres y media de la madrugada desperté. Y de inmediato, elástica, salté de la cama. Vine a escribirte. Es decir: ser. Ahora son las cinco y media de la mañana. No tengo ganas de nada: estoy pura. No te deseo esta soledad. Sin embargo yo misma me encuentro en la soledad creadora. Lúcida oscuridad, luminosa estupidez.

No te puedo contar muchas cosas. No voy a ser autobiográfica. Quiero ser "bio".

Escribo en el transcurso de las palabras.

Antes de la aparición del espejo la persona no conocía su propio rostro a no ser que se reflejara en las aguas de un lago. Después de un tiempo cada uno es responsable de la cara que tiene. Voy a mirar ahora la mía. Es un rostro desnudo. Y cuando pienso que hay uno irreal igual al mío en el mundo, sorprendida, me siento alegre. Ni nunca habrá. Nunca es lo imposible. Me gusta el nunca. También me gusta el siempre. ¿Qué hay entre nunca y siempre que los une tan indirecta e íntimamente?

En el fondo de todo está el aleluya.

Este instante es. Tú que me lees eres.

Me cuesta creer que yo pueda morir. Ya que estoy burbujeante en una frescura helada. Mi vida va a ser larguísima porque cada instante es. La impresión es que estoy por nacer y no lo logro.

Soy un corazón palpitando en el mundo.

Tú que me lees ayúdame a nacer.

Espera: se está oscureciendo. Más.

Más oscuro.

El instante es de una oscuridad total.

Continúa.

Espera: empiezo a vislumbrar una cosa. Una forma luminiscente. ¿Barriga lechosa con ombligo? Espera —ya que saldré de esta oscuridad que me da miedo. Oscuridad y éxtasis—. Soy el corazón de las tinieblas.

El problema es que en la ventana de mi cuarto hay una descompostura en la cortina. Por lo que no corre y no se cierra. Entonces la luna llena entra completa y viene a fosforecer de silencios la habitación: es horrible.

Ahora las tinieblas se van disipando.

Nací.

Pausa.

Maravilloso escándalo: nazco.

Tengo los ojos cerrados. Soy pura inconsciencia. Ya cortaron mi cordón umbilical: estoy suelta en el universo. No pienso pero siento el *it*. Con los ojos cerrados busco ciegamente el pecho: quiero ser leche espesa. Nadie me enseñó a querer. Pero ya quiero. Me quedo acostada con los ojos abiertos viendo el techo. Por dentro es la oscuridad. Un yo que palpita se está formando. Hay girasoles. Hay trigo alto. Yo es.

Escucho el retumbar hueco del tiempo. Es el mundo formándose sigilosamente. Si lo escucho es porque existo antes de la formación del tiempo. “Yo soy” es el mundo. Mundo sin tiempo. Mi conciencia ahora es leve y es aire. El aire no tiene lugar ni época. El aire es el no lugar donde todo va a existir. Lo que estoy escribiendo es música del aire. La formación del mundo. Poco a poco se aproxima lo que va a hacer. Lo que va a ser ya es. El futuro es hacia adelante y hacia atrás y hacia los lados. El futuro es lo que siempre existió y siempre existirá. ¿Incluso si el Tiempo es abolido? Lo que te estoy escribiendo no es para leerse —es para ser—. La trompeta de los ángeles-seres resuena en el sin tiempo. Nace en el aire la primera flor. Se forma el suelo que es de tierra. El resto es aire y el resto es lento fuego en perpetua mutación. ¿La palabra “perpetua” no existe porque no existe el tiempo? Pero existe el retumbar. Y mi existencia empieza a existir. ¿Entonces comienza el tiempo?

Se me ocurre de repente que no es necesario tener orden para vivir. No existe un padrón que seguir ni existe el padrón en sí mismo: nazco.

Todavía no estoy preparada para hablar de “él” o “ella”. Ratifico “aquello”. Aquello es ley universal. Nacimiento y muerte. Nacimiento. Muerte. Nacimiento y —como una respiración del mundo.

Yo soy *it* puro que palpitaba rítmicamente. Pero siento que dentro de poco estaré preparada para hablar de él o de ella. Historia no te prometo aquí. Pero hay *it*. ¿Quién lo tolera? *It* es blando y es ostra y es placenta.

No estoy bromeando ya que no soy un sinónimo —soy el mismo nombre—. Un alambre de acero atraviesa todo esto que te escribo. Existe el futuro. Que es hoy mismo.

Mi vasta noche pasa en lo primordial de una palpitación. La mano se posa en la tierra y escucha ardiente un corazón que palpita. Veo la gran babosa blanca con senos de mujer: ¿es un ente humano? La quemó en la hoguera inquisitorial. Tengo el misticismo de las tinieblas de un pasado remoto. Y salgo de esos tormentos de víctima con la marca indescriptible que simboliza la vida. Me cercan criaturas elementales, enanos, gnomos, duendes y genios. Sacrifico animales para coleccionar de ellos la sangre que necesito para mis ceremonias de encantamiento. En mi cólera ofrendo su alma en su propia negrura. La misa me aterroriza —a mí que la ejecuto—. Y mi perturbada mente domina la materia. La fiera enseña los dientes y galopan a lo lejos en el aire los caballos de los carros alegóricos.

En mi noche idolatro el sentido secreto del mundo. Boca y lengua. Y un caballo suelto de una fuerza libre. Resguardo su casco con amoroso fetichismo. En mi profunda noche sopla un loco viento que me trae hilachas de gritos.

Estoy sintiendo el martirio en su inoportuna sensualidad. En la madrugada despierto llena de frutos. ¿Quién vendrá a cosechar los frutos de mi vida? ¿Sino tú y yo misma? ¿Por qué las cosas un instante antes de suceder parecen ya haber sucedido? Es una cuestión de simultaneidad en el tiempo. Y así te formulo preguntas, y muchas de éstas serán. Porque soy una pregunta.

Y en mi noche siento el mal que me domina. Lo que se llama un bello paisaje lo único que me provoca es cansancio. Me gustan los paisajes de tierra calcinada y seca, con árboles retorcidos y montañas hechas de roca y con una luz estúpida y paralizada. Eso, sí, porque la belleza está oculta. Sé que tampoco te gusta el arte. Nací dura, heroica, solitaria y firme. Y encontré mi contrapunto en el paisaje carente de pintoresca belleza. La fealdad es mi estandarte de guerra. Amo lo feo con un amor de igual a igual. Y desafío a la muerte. Yo, yo soy mi propia muerte. Y nadie va más lejos. Lo que hay de bárbaro en mí busca lo bárbaro cruel fuera de mí. Veo en claroscuros los rostros de las personas que vacilan ante las llamas de la hoguera. Soy un árbol que arde con inflexible placer. Una única dulzura me invade: la complacencia con el mundo. Yo amo mi cruz, que dolorosamente cargo. Es lo mínimo que puedo hacer de mi vida: aceptar penosamente el sacrificio de la noche.

Lo extraño se apodera de mí: entonces abro el negro paraguas y me regocijo en una fiesta de baile en la que brillan las estrellas. El nervio irritado dentro de mí hace que me contorsione. Hasta que la medianoche me encuentra exhausta. Enorme medianoche que me come. La ventisca me llama. La sigo y me despedazo. Si no entro en el juego que se desdobra en vida perderé mi pro-

pia vida en un suicidio de mi especie. Protejo con el fuego mi juego de vida. Cuando mi existencia y la del mundo resultan ya insostenibles por la razón, me suelto y sigo una verdad latente. ¿Tal vez reconocería la verdad si ésta se comprobara?

Me estoy creando. Y me creo hasta llegar a la semilla.

De mí en el mundo quiero hablarte, de la fuerza que me guía y me trae el mismo mundo, de la sensualidad vital de estructuras nítidas, y de las curvas que están orgánicamente ligadas a otras formas curvas. Mi grafismo y mis circunvoluciones son potentes, y la libertad que sopla en el verano contiene la fatalidad en sí misma. El erotismo propio de quien está vivo se esparce en el aire, en el mar, en las plantas y en nosotros, derramándose en la vehemencia de mi voz, yo te escribo con mi voz. Y hay una fuerza de tronco robusto, con raíces entrañadas en la tierra viva, que responde brindándoles sustanciosos nutrientes. Respiro de noche la energía. Y todo esto en lo fantástico. Fantástico: el mundo por un instante es exactamente lo que mi corazón pide. Estoy presta para morir y formar nuevas composiciones. Me estoy expresando muy mal y las palabras precisas se me escapan. Mi forma interna es finamente depurada y sin embargo mi unión con el mundo tiene la crudeza desnuda de los sueños libres y de las grandes realidades. No conozco la prohibición. Y mi propia fuerza me libera, esa vida plena que se me derrama. Y nada planeo en mi trabajo intuitivo de vivir: trabajo con lo indirecto, lo informal y lo imprevisto.

Ahora de madrugada estoy pálida y jadeante y tengo la boca seca ante lo que alcanzo. La naturaleza en cántico coral, y yo muriendo. ¿Qué es lo que canta la naturaleza?, la misma palabra final que no es nunca más yo. Los siglos caerán sobre mí. Mientras tanto una perversidad de cuerpo y alma que se manifiesta en el refinado escaldar de palabras pesadas que se atropellan unas a otras —y algo salvaje, primitivo y enervado se yergue de mis pantanos, la planta maldita que está próxima a entregarse al Dios. Mientras más maldita, más llega al Dios—. Yo me profundicé en mí y descubrí que quiero la vida sangrienta, y el sentido oculto tiene una intensidad que irradia luz. Es la luz secreta de una sabiduría de la fatalidad: la piedra angular de la tierra. Es más un presagio de vida que la vida misma. Yo la exorcizo excluyendo a los profanos. En mi mundo poca libertad de acción me es concedida. Soy libre sólo para ejecutar los gestos fatales. Mi anarquía obedece subterráneamente a una ley que me enfrenta oculta con la astronomía, las matemáticas y la mecánica. La liturgia de los enjambres disonantes de los insectos que salen de los pantanos neblinosos y pestilentes. Insectos, sapos, piojos, moscas, pulgas y chinches —todos nacidos de una corrupta germinación malsana de larvas—. Y mi hambre se alimenta de esos seres putrefactos en descomposición.

Mi rito es purificador de fuerzas. Pero existe malignidad en la selva. Bebo un trago de sangre que me vuelve plena por completo. Escucho címbalos y trompetas y tamborcillos que llenan el aire de barullos y tumultos sofocando entonces el silencio del disco solar y su prodigio. Quiero un manto tejido con hilos de oro solar. El sol es la tensión mágica del silencio. En mi viaje a los misterios escucho a la planta carnívora que lamenta tiempos antiquísimos, y tengo pesadillas obscenas en medio de vientos enfermizos. Me siento encantada, seducida, arrebatada por voces furtivas. Las inscripciones cuneiformes casi ininteligibles hablan de cómo concebir y ofrecen fórmulas sobre cómo alimentarse de la fuerza de las tinieblas. Hablan de las hembras desnudas y rastreras. Y el eclipse de sol provoca un terror secreto que aun así anuncia el esplendor del corazón. Pongo sobre mis cabellos la diadema de bronce.

Más allá del pensamiento —más allá todavía— está el techo que yo miraba cuando era niña. De repente lloraba. Ya era amor. O ni lloraba. Permanecía expectante. Examinando el techo. El instante es el extenso huevo de vísceras tibias.

Ahora es de nuevo madrugada.

Pero al amanecer pienso que nosotros somos contemporáneos del día siguiente. Que el Dios me ayude: estoy perdida. Te necesito angustiosamente. Tenemos que ser dos. Para que el trigo crezca. Estoy tan dramática que voy a detenerme.

Nací hace algunos instantes y estoy ciega.

Los cristales tintinean y destellan. El trigo está maduro: el pan es repartido. ¿Tal vez repartido con dulzura? Es importante saberlo. No pienso, así como el diamante tampoco piensa. Brillo completamente diáfano. No tengo hambre ni sed: soy. Tengo dos ojos que están abiertos. Hacia la nada. Hacia el techo.

Voy a componer un adagio. Lee despacio y con paz. Es un enorme fresco. Nacer es así:

Los girasoles lentamente giran sus corolas hacia el sol. El trigo está maduro. El pan se come con dulzura. Mi ímpetu se une al de las raíces de los árboles.

Nacimiento: los pobres tienen una oración en sánscrito. Ellos no piden: son pobres de espíritu. Nacimiento: los africanos tienen la piel negra y opaca. Muchos son hijos de la reina de Saba y del rey Salomón. Los africanos para hacerme dormir, yo recién nacida, entonaban una monserga primitiva en la que cantan monótonamente que la suegra, después de que ellos salen, viene y saca una penca de plátanos.

Hay una canción de amor de ellos que repite también monótonamente el lamento que hago mío: ¿por qué te amo si no respondes?, en vano envió

mensajeros; cuando te saludo ocultas la cara; ¿por qué te amo si ni siquiera me notas? Está también la canción para arrullar a los elefantes que se van a bañar al río. Soy africana: un hilo de lamento triste y extenso y selvático está en mi voz que te canta. Los blancos azotaban a los negros con un chicote. Pero al igual que el cisne segrega un aceite que impermeabiliza su piel, así el dolor de los negros no puede entrar y no duele. Se puede transformar el dolor en placer —basta un clic—. ¿Cisne negro?

Aunque también los hay que mueren de hambre, y yo nada puedo sino nacer. Mi cantilena es: ¿qué puedo hacer por ellos? Mi respuesta es: pintar un fresco en adagio. Podría sufrir el hambre de los demás en silencio pero una voz de contralto me hace cantar —canto opaco y negro—. Es mi mensaje de persona sola. La persona se come a otra por hambre. Pero yo me alimenté con mi propia placenta. Y no voy a roerme las uñas porque esto es un tranquilo adagio.

Me detuve para tomar agua fresca: el vaso en este instante-ya es de grueso cristal facetado con miles de destellos de instantes. ¿Los objetos son tiempo detenido?

Sigue la luna llena. Los relojes se detuvieron y el sonido de un carillón ronco se escurre por el muro. Quiero ser enterrada con el reloj de pulsera para que en la tierra algo pueda pulsar el tiempo.

Me siento tan amplia. Soy coherente: mi cántico es profundo. Lento. Pero crece. Está creciendo todavía más. Si crece mucho se va a transformar en luna llena y silencio y fantasmagórico suelo lunar. Al acecho del tiempo que se detiene. Lo que te escribo es serio. Se va a transformar en duro objeto perenne. Lo que viene es imprevisto. Para ser inútilmente sincera debo decir que ahora son las seis y cuarto de la mañana.

El riesgo —me estoy arriesgando a descubrir tierra nueva—. Donde jamás pasos humanos hubo. Antes tengo que pasar por la vegetación perfumada. Me regalaron un huele de noche que está en mi terraza. Voy a empezar a hacer mi propio perfume: compro el alcohol apropiado y la esencia que ya viene macerada y en especial el fijador que tiene que ser de origen puramente animal. Almizcle pesado. Es el último acorde grave del adagio. Mi número es 9. Es 7. Es 8. Todo más allá del pensamiento. Si todo eso existe, entonces yo soy. Pero ¿por qué ese malestar? Es porque yo estoy viviendo de la única manera que existe para cada uno de los seres vivientes y ni sé cuál es. Incómodo. No me siento bien. No sé qué pasa. Pero algo está equivocado y provoca malestar. Sin embargo estoy siendo franca y mi juego es limpio. Abro el juego. Sólo que no cuento los hechos de mi vida: soy misteriosa por naturaleza. ¿Qué pasa entonces? Sólo sé que no quiero mentiras. Me niego. Hoy me adentré pero no confío en mí porque mi pensamiento es inventado.

Ya puedo prepararme para el "él" o "ella". El adagio terminó. Entonces empiezo. No miento. Mi verdad destella como la piedra de un candil de cristal.

Pero ella está oculta. Yo lo soporto porque soy fuerte: me comí mi propia placenta.

Aunque todo sea tan frágil. Me siento tan perdida. Vivo de un secreto que se irradia en rayos luminosos que me empañarían si yo no los cubriera con un manto pesado de falsas certezas. Que el Dios me ayude: no tengo guía y de nuevo está oscuro.

¿Tendré que morir de nuevo para volver a nacer? Lo acepto.

Voy a regresar a lo desconocido de mí misma y cuando nazca hablaré de "él" o de "ella". De momento lo que me sostiene es el "aquello" que es un *it*. Crear a partir de sí misma un ser es muy serio. Yo me estoy creando. Y andar en la oscuridad completa buscándonos a nosotros mismos es lo que hacemos. Duele. Pero es dolor de parto: nace algo que es. Se es. Es duro como una piedra seca. Sin embargo el núcleo es *it* blando y vivo, efímero y arriesgado. Vida de materia elemental.

Como el Dios no tiene nombre voy a llamarlo Simptar. No pertenece a ninguna lengua. Yo me doy el nombre de Amptala. Que yo sepa no existe ese nombre. Tal vez en una lengua anterior al sánscrito, lengua *it*. Oigo el tictac del reloj: entonces me apresuro. El tictac es *it*.

Creo que no voy a morir en el siguiente instante porque el médico que me examinó minuciosamente dijo que mi salud es perfecta. ¿Ya viste?, el instante pasó y no me morí. Quiero que me entierren directamente en la tierra aunque dentro de la caja. No quiero ser engavetada en la pared como en el panteón de São João Batista que ya no tiene lugar en la tierra. Entonces inventaron esas diabólicas paredes donde uno se queda como en un archivo.

Ahora es un instante. ¿Lo sientes? Yo lo siento.

El aire es *it* y no tiene perfume. También me gusta. Pero me gusta el huele de noche, almizclado porque su dulzura es una entrega a la luna. Ya he comido mermelada de rosas pequeñas y escarlatas: su sabor nos bendice al tiempo que nos acomete. ¿Cómo reproducir en palabras el sabor? El sabor es uno y las palabras son muchas. En lo referente a la música, después de ser tocada ¿para dónde se va? La música lo único que tiene de concreto es el instrumento. Más allá del pensamiento tengo un fondo musical. Y todavía más allá está el corazón palpitando. Así el más hondo pensamiento es un corazón palpitando.

Quiero morir con vida. Juro que moriré sólo disfrutando el último instante. Hay una plegaria profunda en mí que va a nacer no sé cuándo. Me gustaría tanto morir de salud. Como quien estalla. *Éclater* es mejor: *j'éclate*.

De momento existe un diálogo contigo. Después será monólogo. Después el silencio. Sé que habrá un orden.

El caos de nuevo se prepara como instrumentos musicales que se afinan antes de comenzar la música electrónica. Estoy improvisando y la belleza de lo que improviso es fuga. Siento latiendo en mí la plegaria que todavía no llegó. Siento que voy a pedir que los hechos simplemente escurran sobre mí sin que me mojen. Estoy lista para el gran silencio de la muerte. Voy a dormir.

Me levanté. El tiro de gracia. Porque estoy cansada de defenderme. Soy inocente. Incluso ingenua porque me entrego sin garantías. Nací por Orden. Estoy completamente tranquila. Respiro por Orden. No tengo estilo de vida: alcancé lo impersonal, lo que es tan difícil. Dentro de poco la Orden me va a exigir superar lo máximo. Superar lo máximo es vivir el elemento puro. Hay personas que no lo soportan: vomitan. Pero yo estoy acostumbrada a la sangre.

Qué música tan bella escucho en lo profundo de mí. Está hecha de trazos geométricos entrecruzándose en el aire. Es música de cámara. La música de cámara no tiene melodía. Es una manera de expresar el silencio. Lo que te escribo es de cámara.

Y esto que trato de escribir es una manera de enfrentarme. Estoy aterrizada. ¿Por qué en esta Tierra hubo dinosaurios?, ¿cómo se extingue una raza?

Me doy cuenta de que estoy escribiendo como si estuviera entre el sueño y la vigilia.

Y de repente veo que hace mucho no entiendo. ¿El filo de mi cuchillo se está quedando ciego? Me parece que probablemente no entiendo porque lo que veo ahora es difícil: estoy entrando mañosamente en contacto con una realidad nueva para mí que todavía no tiene pensamientos correspondientes y mucho menos todavía alguna palabra que la signifique: es una sensación más allá del pensamiento.

Y entonces mi mal me domina. Todavía soy la cruel reina de los medos y de los persas y soy también una lenta evolución que se lanza como puente levadizo hacia un futuro cuyas nieblas lechosas ya respiro. Mi aura es de misterio de vida. Y yo trasciendo abdicando mi nombre, y entonces soy el mundo. Sigo la voz del mundo con voz única.

Lo que te escribo no tiene comienzo: es una continuación. De las palabras de este canto, canto que es mío y tuyo, se esparce un halo que trasciende las frases, ¿lo sientes? Mi experiencia proviene de que ya logré pintar el halo de las cosas. El halo es más importante que las cosas y que las palabras. El halo es vertiginoso. Afirmo la palabra en el vacío descampado: es una palabra como fino bloque monolítico que proyecta sombra. Y es trompeta que anuncia. El halo es el *it*.

Necesito sentir de nuevo el *it* de los animales. Hace mucho tiempo que no estoy en contacto con la vida primitiva animálica. Necesito estudiar a los animales. Quiero captar su *it* para poder pintar no un águila y un caballo, sino un caballo con alas abiertas de gran águila.

Me estremezco toda al entrar en contacto físico con los animales o con la simple imagen de ellos. Los animales me fantastican. Ellos son el tiempo que no se cuenta. Parece que tengo cierto horror a aquella criatura viva que no es humana y que tiene mis mismos instintos aunque libres e indomables. El animal nunca sustituye una cosa por otra.

Los animales no ríen. Aunque a veces el perro ríe. Además de la boca jadeante, la sonrisa se transmite por los ojos que se vuelven brillantes y más sensuales, mientras la cola se agita en alegre perspectiva. Pero el gato no ríe nunca. Un “él” que conozco no quiere saber nada de gatos. Se hartó para siempre porque tenía una gata que periódicamente se ponía insoportable. Eran tan imperiosos sus instintos que en la época de celo, después de largos y lastimeros maullidos, se lanzaba desde arriba del tejado y se lastimaba en el suelo.

En ocasiones me electrizo al ver al animal. Justo ahora estoy oyendo su grito ancestral dentro de mí: parece que ya no sé quién es más la criatura, si yo o el animal. Y me quedo totalmente confundida. Al parecer tengo miedo de encarar instintos sofocados que ante el animal estoy obligada a aceptar.

Conocí a cierta “ella” que humanizaba al animal platicando con él y otorgándole sus características propias. Yo no humanizo a los animales porque es una falta de respeto —tenemos que respetarles su naturaleza—, soy yo la que me animalizo. No es difícil y ocurre sencillamente. No hay que oponerse sino entregarse.

No existe nada más difícil que entregarse al instante. Esta dificultad es dolor humano. Es nuestro. Yo me entrego en palabras y me entrego cuando pinto.

Sujetar a un pajarito en la palma medio cerrada de la mano es terrible, es como si se tuvieran los instintos trémulos en la mano. El pajarito aterrorizado agita desordenadamente miles de alas en la mano semicerrada, con sus alas delicadas se debate, y de repente la mano no lo soporta y se abre de prisa para liberar a su leve presa. O se lo entrega rápido al dueño para que le dé una relativa mayor libertad en la jaula. A los pájaros los quiero en los árboles o volando lejos de mis manos. Tal vez algún día me vuelva íntima de ellos y pueda disfrutar su levísima presencia instantánea. “Disfrutar su levísima presencia” me da la impresión de que escribí una frase completa para decir exactamente lo que es: la levitación de los pájaros.

Nunca se me ocurriría tener un búho, aunque los haya pintado en las

grutas. Pero cierta “ella” encontró en el suelo del bosque de Santa Teresa un polluelo de búho solito y sin la madre. Lo llevó a su casa. Lo abrigó. Lo alimentó y le decía palabritas y acabó por descubrir que al pequeño le gustaba la carne cruda. Cuando estuvo fuerte era de esperarse que huyera de inmediato pero tardó en salir a buscar su propio destino que sería el de reunirse con los de su loca especie: pero esa diabólica ave se había encariñado con la muchacha. Hasta que en un arrebato —como si estuviera en lucha consigo mismo— se liberó volando hacia los confines del mundo.

He visto caballos sueltos en el pasto donde de noche el caballo blanco —el rey de la naturaleza— lanzaba hacia el alto aire su prolongado relincho de gloria. He tenido perfectas relaciones con ellos. Me recuerdo de pie con la misma altivez del caballo acariciando su pelo desnudo. Su crin agreste. Yo me sentía así: la mujer y el caballo.

Conozco una historia pasada pero que se renueva ya. El “él” me contó que vivió durante algún tiempo con parte de una familia que vivía en una pequeña aldea en un valle de los Pirineos nevados. En invierno los lobos hambrientos bajaban de las montañas hasta la aldea olfateando a su presa. Todos los habitantes se encerraban atentos en casa albergando en la sala ovejas y caballos y perros y cabras, calor humano y calor animal —todos escuchando alertas los arañazos de las garras de los lobos en las puertas cerradas—. Escuchando. Escuchando.

Estoy melancólica. Es de mañana. Y conozco el secreto de las mañanas puras. Y descanso en la melancolía.

Conozco la historia de una rosa. ¿Te parece extraño hablar de rosas cuando me estoy ocupando de los animales? Es que ella actuó de una manera que recuerda los misterios animales. Cada dos días yo compraba una rosa y la colocaba en el agua dentro de un florero fabricado particularmente estrecho para albergar un largo tallo de una sola flor. Cada dos días la rosa se marchitaba y yo la cambiaba por otra. Hasta que hubo una rosa color de rosa, sin colorante ni injerto, del más vivo rosa creado por la propia naturaleza. Su belleza ampliaba el corazón de las vastedades. Parecía tan orgullosa de la plétora de su corola toda abierta y de sus propios pétalos que se mantenía altiva, casi erecta. Porque no permanecía totalmente erecta: con gracia se inclinaba sobre el tallo que era fino y quebradizo. Una relación íntima se estableció intensamente entre yo y la flor: yo la admiraba y ella parecía sentirse admirada. Y tan gloriosa permaneció en su embrujo y con tanto amor era observada que los días pasaban y ella no se marchitaba: seguía con su corola toda abierta y vanidosa, fresca como flor recién nacida. Duró viva y bella una semana entera. Sólo entonces empezó a dar muestra de cierto cansancio. Después murió. Me resistía cambiarla por otra. Y nunca la olvidé. Lo

extraño fue que la empleada me preguntó un día a quemarropa: “¿Y aquella rosa?” No le pregunté cuál. Lo sabía. Esta rosa que vivió por el amor largamente dado era recordada porque la mujer había visto la manera en que yo miraba la flor y le transmitía en ondas mi energía. Ciegamente había intuido que algo había pasado entre la rosa y yo. Ésta —me dieron ganas de llamarla “joya de la vida”, ya que me gusta darles un nombre a las cosas— tenía tanto instinto de naturaleza que yo y ella habíamos podido establecer un lazo tan profundo como sólo ocurre entre animal y hombre.

No haber nacido animal es mi secreta nostalgia. A veces ellos claman desde lejos por muchas generaciones y yo no puedo responder sino quedándome quieta. Es el llamado.

Ese aire suelto, ese viento que me azota el alma de la cara dejándola transida de un angustiante éxtasis siempre nuevo, nuevamente y siempre, cada vez lo sumerjo en algo sin fondo donde caigo sin parar hasta morir y obtener finalmente el silencio. Oh viento siroco, no te perdono la muerte, tú que me traes un recuerdo lastimoso de cosas vividas que, ay de mí, siempre se repiten, incluso bajo otras formas diferentes. La cosa vivida me asusta así como me asusta el futuro. Éste, como ya es pasado, es inalcanzable, mera suposición.

En este instante estoy en un vacío blanco esperando el próximo instante. Contar el tiempo es simplemente una posibilidad de trabajo. Pero lo que existe es precedero y esto obliga a contar el tiempo inmutable y permanente. Nunca empezó y nunca va a acabar. Nunca.

Supe de un “ella” que murió en la cama gritando: ¡me estoy desvaneciendo! Hasta que obtuvo el beneficio del coma con lo cual ella se libró del cuerpo y ya no tuvo miedo de morir.

Para escribirte, antes me perfume toda.

Yo te conozco por entero porque te vivo toda. En mí es profunda la vida. Las madrugadas me vienen a encontrar pálida por haber vivido la noche de los sueños profundos. Aunque a veces yo sobrenade en un raso aparente que tiene debajo de sí una profundidad azul oscuro casi negro. Por eso te escribo. Por el soplo de las espesas algas en el tierno nacer del amor.

Yo voy a morir: siento la tensión como la del arco listo para disparar la flecha. Me acuerdo del signo Sagitario: mitad hombre y mitad animal. La parte humana, con rigidez clásica, sujeta el arco y la flecha. El arco puede disparar en cualquier instante y dar en el blanco. Sé que voy a dar en el blanco.

Ahora voy a escribir a mano suelta: no voy a tocar lo que ella escriba. De esta manera no existe desfase entre el instante y yo: actúo en el centro del instante mismo. Pero de cualquier manera hay cierto desfase. Comienza así: como el amor impide la muerte, y no sé lo que quiero decir con esto. Confío

en mi incomprensión que me ha dado vida libre de entendimiento, perdí amigos y no entiendo la muerte. El horrible deber es el de ir hasta el final. Y sin contar con nadie. Vivirse a sí misma. Y para sufrir menos embotarme un poco. Porque ya no puedo cargar con los dolores del mundo. ¿Qué hacer cuando siento totalmente lo que otras personas son y sienten? Las vivo pero ya no tengo fuerza. No quiero contar ni a mí misma ciertas cosas. Sería traicionar el ser. Siento que conozco unas verdades. Que ya presiento. Pero son verdades que no tienen palabras. ¿Verdades o verdad? No voy a hablar del Dios, Él es mi secreto. Hace un día de sol. En la playa había un buen viento y cierta libertad. Y yo estaba sola. Sin necesitar a nadie. Es difícil porque necesito compartir contigo lo que siento. El mar tranquilo. Pero al acecho y en sospecha. Como si tal calma no pudiera durar. Algo está siempre por suceder. Lo imprevisto improvisado y fatal me fascina. Ya entré en comunicación tan fuerte contigo que dejé de existir siendo. Te transformaste en un yo. Es tan difícil hablar y decir cosas que no pueden ser dichas. Es tan silencioso. ¿Cómo traducir el silencio del encuentro real entre nosotros dos? Es difícilísimo contarlo: te miré fijamente por unos instantes. Esos momentos son mi secreto. Fue lo que se llama comunión perfecta. Yo llamo a esto estado agudo de felicidad. Estoy terriblemente lúcida y parece que alcanzo un nivel superior de humanidad. O de inhumanidad —el *it*.

Lo que hago por involuntario instinto no puede ser descrito.

¿Qué estoy haciendo al escribirte?, estoy tratando de retratar el perfume.

Te escribo sentada junto a una ventana abierta en lo alto de mi estudio.

Te escribo este facsímil de libro, el libro de quien no sabe escribir; y es que en el dominio más sencillo del habla casi no sé hablar. Sobre todo hablarte por escrito, yo que me habitué a que fueras el público, aunque sea distraído, de mi voz. Cuando pinto respeto el material que uso, respeto su primordial destino. Por eso cuando te escribo respeto las sílabas.

Nuevo instante en que veo lo que viene enseguida. Aunque para hablar del instante de la mirada yo tenga que ser más discursiva que el instante: muchos instantes pasarán antes de que yo desdoble y agote la complejidad única y rápida de una mirada.

Te escribo a medida de mi aliento. ¿Estaré siendo hermética como en mi pintura? Porque parece que se tiene que ser terriblemente explícita. ¿Soy explícita? Poco se me da. Ahora voy a encender un cigarro. Tal vez regrese a la máquina o tal vez me detenga por aquí y para siempre. Yo, que nunca soy adecuada.

Regresé. Estoy pensando en tortugas. Una vez dije por mera intuición que la tortuga era un animal dinosaurio. Después leí que en efecto lo es. Se me ocurre cada cosa. Un día voy a pintar tortugas. Me interesan mucho. To-

dos los seres vivos, salvo los hombres, son un escándalo de maravillamiento: fuimos modelados y sobró mucha materia prima —*it*— y entonces los animales fueron formados. ¿Para qué una tortuga? Quizá el título de lo que te estoy escribiendo tendría que ser un poco así y en forma interrogativa: ¿Y las tortugas? Tú que me lees dirías: es cierto que hace mucho tiempo no pienso en las tortugas.

De repente me sentí tan angustiada que ahora puedo decir fin y acabar lo que te escribo, partiendo más de palabras ciegas. Incluso para los incrédulos existe un instante de desesperación que es divino: la ausencia del Dios es un acto de religión. Justo en este instante le estoy pidiendo al Dios que me ayude. Lo necesito. Lo necesito más que la fuerza humana. Soy fuerte pero también destructiva. El Dios tiene que venir a mí ya que yo no he ido a Él. Que el Dios venga: por favor. Aunque yo no lo merezca. Que venga. O tal vez los que menos lo merezcan lo necesiten más. Soy inquieta y áspera y desesperanzada. Aunque dentro de mí amor yo tenga. Sólo que no sé usar el amor. A veces me rasguña como si fueran garras. Si dentro de mí tanto amor recibí y a pesar de ello sigo inquieta es porque necesito que el Dios venga. Que venga antes de que sea demasiado tarde. Corro peligro como toda persona que vive. Y lo único que me espera es exactamente lo inesperado. Sin embargo sé que tendré paz antes de la muerte y que saborearé un día lo delicado de la vida. Degustaré —así como se come y se vive— el sabor de la comida. Mi voz cae en el abismo de tu silencio. Tú me lees en silencio. Y en ese infinito campo mudo abro las alas, libre para vivir. Entonces acepto lo peor y entro en el interior de la muerte y para esto estoy viva. El interior es sensible. Y me vibra ese *it*.

Ahora voy a hablar del sufrimiento de las flores para sentir mejor el orden de lo que existe. Antes te doy con placer el néctar, el zumo dulce que muchas flores contienen y que los insectos buscan con avidez. El pistilo es el órgano femenino de la flor, el cual generalmente ocupa el centro y contiene el rudimento de la semilla. El polen es el polvo fecundante producido en los estambres y contenido en las anteras. El estambre es el órgano masculino de la flor. Está compuesto por el estilete y por la antera en la parte inferior rodeando el pistilo. Fecundación es la unión de dos elementos de reproducción —masculino y femenino— de la cual resulta el fruto fértil. “Y plantó Yahvé Dios un jardín en el Edén que queda al Oriente y puso en él al hombre que había formado” (Génesis, 2:8).

Quiero pintar una rosa.

La rosa es la flor femenina que se da toda y tanto que a ella sólo le queda la alegría de haberse entregado. Su perfume es un misterio desequilibrado. Cuando es profundamente aspirada toca el fondo íntimo del corazón y deja

el interior del cuerpo todo perfumado. Su manera de abrirse en mujer es bellísima. Sus pétalos tienen un buen sabor en la boca —sólo hay que probarlos—. Sin embargo la rosa no es *it*. Es ella. Las rojas son de gran sensualidad. Las blancas son la paz del Dios. Es muy raro encontrar en la florería rosas blancas. Las amarillas son una alegre alarma. Las color de rosa son en general más carnosas y tienen el color por excelencia. Las anaranjadas son resultado de injertos y son sexualmente atractivas.

Pon atención por favor: te estoy invitando a que te mudes a un reino nuevo.

Por lo que al clavel se refiere, tiene una agresividad que proviene de cierta irritación. Las puntas de sus pétalos son ásperas y respingadas. El perfume del clavel es de algún modo mortal. Los claveles rojos gritan su violenta belleza. Los blancos recuerdan la pequeña caja de niño difunto: el olor entonces se vuelve doloroso y desviamos la cabeza hacia un lado con horror. ¿Cómo trasplantar el clavel a la tela?

El girasol es el gran hijo del sol. Tanto que sabe girar su enorme corola hacia el lado de quien lo creó. No importa si es padre o madre. No sé. ¿Será el girasol flor femenina o masculina? Creo que masculina.

La violeta es introvertida y su introspección es profunda. Dicen que se esconde por modestia. No es así. Se esconde para poder comprender su propio secreto. Su casi-no-perfume es gloria asfixiada pero nos exige que lo busquemos. No grita nunca su perfume. La violeta dice sutilezas que no se pueden decir.

La siempreviva está siempre muerta. Su sequedad tiende a la eternidad. El nombre en griego quiere decir: sol de oro. La margarita es florecita alegre. Es sencilla y tiene la textura de la piel. Tiene sólo una hilera de pétalos. Su centro es un juego infantil.

La hermosa orquídea es exquisita y antipática. No es espontánea. Exige escaparate. Pero es mujer esplendorosa y esto no se puede negar. Tampoco se puede negar que es noble porque es epífita. Las epífitas nacen sobre otras plantas sin que por eso les quiten nutrientes. Mentí cuando dije que era antipática. Me encantan las orquídeas. Nacen ya artificiales, nacen hechas arte.

El tulipán es sólo tulipán si es de Holanda. Un tulipán a secas simplemente no lo es. Necesita campo abierto para ser.

La flor de los trigales sólo se da en medio del trigo. En su humildad tiene la osadía de aparecer en diversas formas y colores. La flor del trigal es bíblica. En los pesebres de España no se separa de los manojos de trigo. Es un pequeño corazón latiendo.

Pero el nardo es peligroso. Tiene perfume de capilla. Trae el éxtasis. Re-

cuerda a la hostia. A muchos se les antoja comerlos y llenarse la boca con su intenso olor sagrado.

El jazmín es de los enamorados. Dan ganas de poner puntos suspensivos ahora. Ellos andan tomados de las manos, balanceando los brazos y se dan besos suaves al casi sonido aromático del jazmín.

El ave del paraíso es masculina por excelencia. Tiene una agresividad de amor y de sano orgullo. Parece tener la cresta del gallo y su canto. Sólo que no espera la aurora. La violencia de tu belleza.

El huele de noche tiene perfume de luna llena. Es fantasmagórico y un poco asustador y es para quien ama el peligro. Sólo se abre de noche con su olor embriagador. El huele de noche es silente. Y también de la esquina desierta y en tinieblas y de los jardines de casas con luces apagadas y ventanas cerradas. Es peligrosísimo: es un silbido en la oscuridad, que nadie soporta. Pero yo lo soporto porque amo el peligro. Y qué decir de la flor de pitaya, es grande y perfumada y de color brillante. Es la venganza jugosa de la planta desértica. Es el esplendor naciendo de la esterilidad despótica.

Me da pereza hablar de la flor de las nieves. Es que se encuentra a tres mil cuatrocientos metros de altitud. Es blanca y lanosa. Raramente alcanzable: es la aspiración.

El geranio es flor de jardinera de ventana. Se encuentra en São Paulo, en el barrio de Grajaú y en Suiza.

Los nenúfares están en el Jardín Botánico de Río de Janeiro. Enormes, de hasta casi dos metros de diámetro. Acuáticos, uno se muere por ellos. Son lo amazónico: los dinosaurios de las flores. Emanan una gran tranquilidad. Majestuosos y sencillos al mismo tiempo. Y a pesar de vivir en la superficie de las aguas dan sombras. Esto que estoy escribiendo está en latín: *de natura florum*. Después te enseñé mi estudio ya transformado en dibujo lineal.

El crisantemo es de alegría profunda. Se expresa por medio del color y de lo despeinado. Es flor que descabelladamente controla su propio salvajismo.

Creo que voy a tener que pedir permiso para morir. Pero no puedo, es demasiado tarde. Escuché el "Pájaro de Fuego" y me ahogué entera.

Tengo que interrumpir porque... ¿no te lo había dicho? ¿No te dije que un día algo me iba a pasar? Pues justo eso pasó ahora. Un hombre llamado João habló conmigo por teléfono. Él se crio en lo profundo de la Amazonia y asegura que allá hay una leyenda sobre una planta que habla. Se llama tayá. Y dicen que, al ser embelesada de un modo ritual por los indígenas, ella eventualmente emite una palabra. João me contó algo que no tiene explicación: una vez que entró ya avanzada la noche a su casa, cuando iba pasando por el corredor donde estaba la planta escuchó su nombre, João. Y como pen-

só que su madre lo llamaba respondió: ya voy. Subió pero encontró a su madre y a su padre roncando profundamente.

Estoy cansada. Mi cansancio es muy frecuente porque soy una persona extremadamente ocupada: me hago cargo del mundo. Todos los días miro desde la terraza hacia el pedazo de playa con mar y veo las espesas espumas más blancas y que durante la noche las aguas avanzaron inquietas. Noto esto por la marca que las olas dejan en la arena. Miro los almendros de la calle donde vivo. Antes de dormir me hago cargo del mundo y veo si el cielo de la noche está estrellado y azul marino, porque ciertas noches en vez de negro el cielo parece azul marino intenso, color que ya pinté en el vitral. Me gustan las intensidades. Me hago cargo del niño de nueve años de edad, delgadísimo, y que está vestido de harapos. Podría tener tuberculosis, si no es que ya la tiene. Y en el Jardín Botánico me siento exhausta. Con la mirada tengo que hacerme cargo de miles de plantas y árboles y en especial de los nenúfares. Están allá y los miro.

Nota que no menciono mis impresiones emotivas: lúcidamente hablo de algunas de los millares de cosas y personas de las cuales me hago cargo. Tampoco se trata de un empleo ya que dinero no gano en eso. Sólo me entero de cómo es el mundo.

¿Que si hacerse cargo del mundo da mucho trabajo? Sí. Por ejemplo: me obliga a acordarme del rostro inexpresivo y por eso terrible de la mujer que vi en la calle. Con los ojos me encargo de la miseria de los que viven cuesta arriba.

Me preguntarás por qué me hago cargo del mundo. Es que nací encargada de eso.

Cuando niña me hice cargo de una hilera de hormigas: ellas andan en fila india cargando un pedacito de hoja. Lo que no impide que cada una comunique algo a la que viene en sentido contrario. Hormigas y abejas ya no son *it*. Son ellas.

Leí un libro sobre las abejas y desde entonces me hago cargo en especial de la abeja reina. Las abejas vuelan y trabajan en las flores. ¿Es banal? Yo misma constaté esto. Es parte del trabajo registrar lo obvio. En la pequeña hormiga cabe todo un mundo que se me escapa si no tengo cuidado. Por ejemplo: cabe la prudencia instintiva de la organización, lenguaje que va más allá de lo supersónico y de los apetitos sexuales. En este momento no encuentro una sola hormiga para mirarla. Sé que no hubo una masacre porque si no ya lo habría sabido.

Encargarse del mundo también exige mucha paciencia: tengo que esperar el día en que se me aparezca una hormiga.

Lo único que todavía no sé es a quién le debo rendir cuentas. ¿O no?

Novelas III. Agua viva. La hora de la estrella. Un soplo de vida,
de Clarice Lispector, se terminó de imprimir en el mes
de octubre de 2022 en Arcángel Maggio - División Libros,
Lafayette 1695, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.
La tirada fue de 2.000 ejemplares.

La narrativa de Clarice Lispector resulta poco convencional al generarse desde una cualidad interior rodeada de misterio, muchas veces silenciosa y meditabunda; surgida a partir de impresiones, sensaciones y sentimientos de la vida cotidiana, sus obras examinan lo oculto, lo secreto y cierta necesidad por nombrar el mundo y nombrarse a sí mismo.

En este volumen se reúnen las novelas *Agua viva* (1973), *La hora de la estrella* (1977) y *Un soplo de vida* (1978). *Agua viva* se convierte en un ejercicio literario inclasificable, pero es además —y sobre todo— la búsqueda de un renacimiento en el núcleo esencial del que surge la vida; *La hora de la estrella*, publicada poco después de la muerte de Lispector, se advierte como la historia de la inocencia y de la miseria de Macabéa, pero escrita por un autor —Rodrigo S. M.— que busca ser acompañado en ese proceso de creación testimonial; y *Un soplo de vida*, también de aparición póstuma, escrita como un juego de un autor que crea y permite que su personaje, Ângela Pralini, medite acerca del sentido de la vida, la relación con la muerte. Son quizá las novelas más peculiares de la escritora brasileña que se dirigen como una epístola a lectores mudos, como testimonio de una nordestina que no sabe de la infelicidad o como mera indagación del acto de escribir siendo otro.

Clarice Lispector (Chechelnik, 1920-Río de Janeiro, 1977) es considerada una de las más importantes escritoras brasileñas del siglo xx. Estudió derecho en Río de Janeiro mientras colaboraba con algunos periódicos y revistas locales. En 1943 sorprendió a la intelectualidad brasileña con la publicación de *Cerca del corazón salvaje*, novela por la que recibió el premio de la Fundación Graça Aranha. Viajó mucho y vivió en varios países de Europa y en los Estados Unidos. Escritora que definía su estilo como un “no estilo”, su vasto legado está formado por relatos, novelas, libros infantiles, poemas, fotografía y pintura.

